

RESEÑA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

Gabriel Castillo Suescún (Gabo Castillo), nacido en Medellín, Colombia, el 19 de septiembre de 1992, Comunicador Audiovisual y escritor. Ganó el Premio de Cuento Breve Tomás Carrasquilla (2020), por un cuento titulado *Disonante*, y es uno de los ganadores del concurso "Desde casa hacia el futuro", organizado por Tragaluz Editores. Asimismo, ha publicado cuatro novelas cortas: *Lo que dicta la Voz* (2019), *Renunciar a la Cordura* (2019), *El corazón cenicero* (2020) y *Tras la muerte, hay otro comienzo* (2020). También un libro de cuentos: *Relatos de una mente des encuadrada* (2020).

Ha obtenido Mención de Honor los siguientes concursos: 66° Concurso Internacional de Poesía y Narrativa "Premio a la Palabra 2019", por su cuento breve titulado *La Naturaleza del Torpe*; 68° Concurso Internacional de Poesía y Narrativa LIBRO DIGITAL "ELEGIDOS 2019", por los microrrelatos *Tiempo Real* y *Un Par de Líneas*; y en el concurso de cuento breve Tomás Carrasquilla, por un cuento titulado *Una y Otra Vez*. Uno de sus primeros cuentos, *Nunca Dejes de Bailar*, fue publicado por la Universidad de Córdoba de España en una antología, y el microrrelato, titulado *Una Mirada Furtiva*, fue incluido en la 29° versión de la Revista Demencia de Colombia; ambos seleccionados mediante convocatoria.

Entre febrero y agosto del año 2019, cursó el Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Además, realizó un curso virtual de Introducción a la Psicología impartido por la Universidad de Yale y tiene diplomados en Psicología Clínica y Psicología Forense.

También ha escrito y dirigido cuatro cortometrajes. Con el primero de estos, titulado *Intersector*, se hizo al premio a mejor cortometraje en la 4° versión del festival Medellín en Corto y fue incluido en la selección oficial de Festival Internacional de Cine de Oriente de Antioquia; el tercer cortometraje está basado en *La Naturaleza del Torpe* y lleva el mismo nombre.

Facebook: @ElGaboCastillo

Instagram: @gabocastillo792

Índice

PRÓLOGO	6
<i>ALTERIDAD</i>	10
PRIMERA PARTE: <i>AUSENTE DE SÍ</i>	11
SEGUNDA PARTE: <i>DARSE UNA OPORTUNIDAD</i>	51
TERCERA PARTE: <i>PAGAN PECADORES POR PECADORES</i> ...	82

PRÓLOGO

Por medio de un tejido de descripciones precisas y movimientos corporales al mejor estilo de *Prozac Nation*, conflictos circunstanciales divididos en actos, acercamientos de rostros y gestos que rayan con la obsesión de Mort Drucker en la revista MAD, y un equilibrio aceptable entre diálogos y situaciones, etcétera, Gabriel narra el punto de no retorno de Cloe, arriesgándose a simular una narrativa maquinada en realidad por una mujer¹, una adolescente amarga que anda por el mundo a la defensiva, que pasa sus días llenando su bitácora y realizando diseños por encargo, intentando pasarla bien con sus pocos amigos humanos y sus amigos étlicos, mientras intenta formarse un sentido de la vida —que desafortunadamente existirá nunca para nadie—, sentido que desaparece abruptamente, víctima de una sucesión de eventos adversos y, en últimas, de la violencia recibida por todos los canales posibles (en este punto mi mente me lleva a recordar, sin permiso, *Los días de la ballena*, porque en esta peli sucede algo similar, un puñado de sueños de jóvenes creadores se ve cuarteado por la lascivia del crimen y del sacrificio del otro a cambio del propio y retorcido placer: es este tal vez el contorno del mosaico que es nuestro retrato

¹ Reto compartido con una novela contemporánea a esta, incluso escrita, me parece, durante las mismas fechas: Planeta Personal (Zarigüeya Editorial, 2019).

generacional). Así que *El corazón cenicero* es una novela sobre la violencia y el odio y las consecuencias que estas pueden tener en el mundo psicológico de una persona —de un personaje, en este caso—. Es la imposibilidad, la impotencia, resultado del sentimiento de marginalidad, lo que comparte de alguna forma Cloe con Martina, la protagonista de *Lo que dicta la voz*, que es la primera novela publicada por el autor.

Lo que le sucede a Cloe nos refleja esa posibilidad de que, cuando un personaje decide cambiar de parecer —no de parecer sino de deseo—, todo se vaya para el carajo y vuele sangre por las paredes hasta alcanzar el techo. Nos muestra el lado fosco de las relaciones humanas. Aquella desconfianza y recelo básicos en la personalidad de Cloe, tras vivenciar ciertos puntos críticos, la lanzan a la paranoia, y luego la paranoia al odio y el odio a la agresividad como respuesta genérica frente a la adversidad, incluso llegando a exhibir actitudes psicopáticas (un movimiento que ya hemos visto en *La Haine*, *El odio*, la película de Mathieu Kassovitz; esto es, las consecuencias del resentimiento social); por tal motivo es esta la historia también de una venganza, y de dos y de tres, aunque con motivos abstractos y difíciles de dirimir; este rumbo es esperable cuando se vive en una ciudad en la que la sangre se ha vuelto pintura para las paredes y las balas vuelan por entre las rendijas que forman las anchas hojas de los palos de mango y los pillos por encima de los techos, en una ciudad en la que está perfectamente bien invadir al otro y aprovecharse de él y magullarlo y tal vez pervertir su libertad

sexual y quizá desaparecerlo luego para que la fiesta continúe. Hace poco un amigo hizo el comentario de que Medellín llegó a ser la ciudad más violenta en el mundo en algún momento, por allá en los noventas, etcétera; cuando se vive en una ciudad de tales rasgos lo natural es nacer con una semiautomática calibre 38 en la axila. Además, esta historia también intenta abordar el asunto de la violencia vuelta sobre sí mismo, una suerte de crueldad interiorizada que puede seguirse en Cloe, por ejemplo, considerando su lamentable tabaquismo..., y el ejemplo más claro de todos: el miedo de hacerse daño a sí misma, pudiendo despigar las botellas de licor vacías regadas por toda su habitación durante sus encierros depresivos, llegando al punto de traspasar los líquidos en botellas de plástico, para no irse a dañar y poder seguir embriagándose.

(Los saltos sutiles en la estructura narrativa —fragmentos intercalados entre un narrador omnisciente y la propia voz del personaje— logran generar en el lector la sensación de distanciamiento que nace, a su vez, de los momentos en que Cloe se ve abstraída, alienada: a veces parece, extrañamente, que el narrador externo aterriza en el libro cuando Cloe está tan ocupada o tan encartada con su vida que le queda imposible narrar-se. Además, elementos como las regresiones, escenas en diferido, los círculos de epítetos y uno que otro artefacto propio del cine, van dando forma y sentido a la novela; supongo que el uso de estos recursos tiene que ver directamente con lo que es el perfil de Gabo, quien es

también estudiante de audiovisuales y MC, revoltijo en el que ha producido algunos cortometrajes y videoclips)

Si bien *El corazón cenicero* es una novela completa y cerrada sobre su propia línea argumental, sigue siendo un texto con múltiples puntos de fuga, inquietudes con las que irse a pensar luego de terminar su lectura, pero en este caso vale la pena resaltar dos de ellos, fundidos en una dupla: el delirio ni tan delirio de haber perdido el control sobre el propio bienestar y la insurrección sociópata.

Pablo Armijos

ALTERIDAD

Ni siquiera escuchó cuántos años dictó la sentencia. Su atención tenía su único foco en el rostro de sorpresa de Elías. La sonrisa de Cloe al presionar cada vez más sobre la primera abertura. Una más. Y otra. El ímpetu de él, desvaneciéndose frente a ella, era en lo único que podía pensar. Recordarlo con tanto detalle. Enfermizo. Remordimientos, exangües, no alcanzaban a cumplir su labor. Saborear cada puntada. El desplome, la extinción del aliento, la sevicia.

Meses pasaron antes de poder pensar en otros asuntos. Sus acciones rutinarias eran más que mecánicas, evitándole, incluso, enfrentamientos con sus compañeras de confinamiento. Comer por inercia; tomar sol por obligación; leer de vez en cuando; hablar nunca. ¿Qué pensaría su padre? Ni en ello pensaba. Lo que pensara su madre importaba menos que nada. ¿Cómo estaría Jenny? ¿Se negaba a visitarla? La risa de una chiquilla aterrizaba en sus oídos, provocando una extraña sonrisa en ella. Poco a poco regresó de su insensatez. Nunca arrepentida, cabe aclarar. Sobre su condena supo después. Lo aceptó, sin más.

En el camino hacia su entrega fue renunciando a la cordura. El trecho casi eternizado, repleto de pensamientos beligerantes que obstaculizaban su tranquilidad. Al llegar ya no era ella, era otra, u otras, era quien nunca creyó que podría ser.

PRIMERA PARTE:

AUSENTE DE SÍ

1

La frescura del ambiente se entrometía en mis asuntos personales, disfrazada de leve ventisca, colándose por la ventana y erizando la piel. Las nubes grises habían conquistado a cabalidad la amplitud del cielo; lo noté al asomarme por la ventana. La lluvia, esperando no ser muy inoportuna, estaba próxima a hacer su aparición, anunciándose por medio de estrepitosos truenos y relámpagos que cubrían el cielo de blancos destellos. El reloj marcaba las once y trece minutos de la noche. Lancé, sin mirar dónde caería, la colilla del último cigarrillo que me restaba, calcé los tenis negros que reposaban bajo la cama, me atavié con una chaqueta de cuero y salí en busca de más nicotina, con el fin de saciar mis ansias y confundir a la soledad; quise hacerle creer que era bienvenida, que no incomodaba con su presencia, con su persistencia en quedarse aquí y en pasear por la casa cada vez que le viniera en gana. Para mi sorpresa, aún estaba abierta la tienda que distaba cuatro casas de mi edificio.

—Don Alberto, me da, por favor, un paquete de Boston — dije.

—¿No se cansa usted de fumar, señorita Cloe? —preguntó el tendero, en un tono amigable.

—De algo nos tendremos que morir.

—Eso dicen todos hasta que ven a la parca esperando en una esquina o en la puerta de la alcoba —replicó don Alberto, tratando de parecer filosófico.

Aquel sujeto de cabeza calva encima y cabellera blancuzca y deshilachada a los costados; ojos pequeños, agrandados por gafas redondas y maltrechas y nariz delgada y velluda; era una de las pocas personas con las que me sentía hablando a gusto, al estar sobria; ya con tragos encima todo variaba; podía pasarme horas hablando con personas monotemáticas, acerca de ideas triviales.

—No lo decía en serio, es solo que el tabaco es un vicio difícil de dejar.

No sé si era el tabaco quien no quería someterme al abandono.

—Es verdad; se lo pregunto a usted porque la conozco hace años y ha sido siempre cliente de mi tienda —dijo don Alberto—; pero para mí es mejor que la gente fume y me compre todos los cigarrillos que puedan.

—Usted lo ha dicho. Muchas gracias, don Alberto. Disfrute de la noche en cama, porque lo que viene es agua —concluí.

—Con todo el gusto, señorita. Esperaré un poco más. Siempre hay clientes que, como usted, necesitan de mi servicio a altas horas de la noche.

Regresé al apartamento dispuesta a ponerme frente a frente con la bitácora. La fuga de ideas había amainado. Sin

embargo, a veces exprimir el cerebro surtía efecto. Yo que estaba sola para armarme películas, escritas y dirigidas por mí en cuestión de segundos, y para pensar en güevonadas sin sentido. No obstante, la mayoría de mis mejores ideas se me ocurrían cuando no tenía a la mano con qué materializarlas; mientras gozaba de un baño caliente, antes de dormir o cuando caminaba por la calle sin rumbo fijo.

Ya son casi nulas las veces que dibujo; la escritura fue la sustituta en el puesto principal de mis ocupaciones creativas. Preparé un café más oscuro de lo habitual, creyendo que una alta dosis de cafeína ayudaría a que mis neuronas trabajasen a mayor velocidad; encendí un cigarrillo y me senté al escritorio, cuya superficie era iluminada nada más que por una luz alicaída, emitida por una pequeña lámpara. Abrí la bitácora en una página vacía, fértil tierra blanca, que esperaba por ser engalanada con trazos y colores. Mirando fijamente aquella hoja en blanco, empecé a imaginarme qué podría ir allí. Primero, pensé en hacer un mandala, con el fin de entrar en calor. “Pero el calentamiento será bogarme este café de un sorbo”, pensé, pues, descartando la opción de inmediato. “¿Qué podría ir allí? Mmm”, seguía meditando. Después se me ocurrió dibujar el rostro de una mujer sonriendo, en un ángulo de tres cuartos, con la mirada fija, como si estuviese a punto de ser fotografiada, acariciada por flashes y grabada por la retina del obturador. La imaginé con sus mejillas ruborizadas, una sombra azul rodeando sus ojos y pestañas postizas. Empecé por dibujar los ojos; ya habría tiempo, en el proceso, de pensar cómo llevaría el cabello: suelto o recogido,